

Romain Gavras Inc.



"No church in the wild", Jay Z & Kanye West

Llamil Mena Brito

OCHO JÓVENES, PRÁCTICAMENTE NIÑOS, embisten los barrios periféricos de París creando todo tipo de desmanes a su alrededor. Son negros, algunos árabes; no nos consta su nacionalidad francesa pero sí podemos inferir su origen africano. Actúan en pandilla y podemos decir que son amigos. Ocho jóvenes que durante los seis minutos de duración del videoclip que los presenta convierten al espectador en testigo de una de las experiencias más complejas de nuestro presente: la violencia juvenil y callejera como objeto de disfrute visual.

Romain Gavras es el autor de este videoclip de la canción *Stress*, del grupo francés Justice. Antes de esta pieza, el hijo del mítico director griego Costa-Gavras había logrado lo que muy pocos: ser vetado provisionalmente de *Youtube* y conseguir que uno de sus videos —el de "Born Free" de M.I.A.— tuviera

un restringido acceso vía Internet. Ya no más, hoy Romain es el autor y símbolo de una estética de videoclip que incorpora la violencia explícita y los renegados como parte de un fenómeno cultural que produce una moda desde estos resquicios aparentemente invisibles y ciertamente al borde de la ley. Aunque Romain Gavras no ha creado nada nuevo. Ya en los noventa el videoclip, en su directa función de promoción y comercio de la música, entendió y lucró con la alteridad y la injusticia. Toda esta furia y desenfreno social se asemeja —sino es que emula— a lo hecho por el *hip hop* y su amplia gama de representaciones audiovisuales, siendo la cúspide el hedonismo del exitoso y afortunado nuevo rey del gueto. Sin



Disturbios en Vancouver en junio de 2011 después de la final de la Copa Stanley (Foto de Rich Lam/Getty Images)

embargo, las diferencias son varias. La primera es la fractura entre la música y el videoclip, que en el caso del *hip hop* siempre tuvo una estrecha relación con la lírica; la otra, la representación del orgullo de pertenencia al barrio que disolvía la explícita crítica social.

A Gavras le interesan el marginado y la violencia. El primero en su condición racial, el segundo en su variable autoritaria. Negros, árabes, pelirrojos, latinos, todos son objeto de una aparente injusticia, y su reacción natural es la conquista de la vía pública. El director parodia los fastuosos videos del *hip hop* y las faraónicas producciones que hicieron de los barrios negros de los Estados Unidos objetos de culto, y convierte las calles europeas ya no en lugar de pertenencia, sino en nidos de miseria para migrantes. Corrijo, imágenes de estos nidos de miseria.

La opresión es el código fantasma en toda esta puesta en escena. Pero a sabiendas del natural receptor de estas piezas, su intención no es la denuncia. Sobra recordar el lugar y la forma en que el videoclip se anidó en la cultura juvenil desde los años noventa, y entonces resulta iluso pensar que el auditorio es ignorante o indiferente a un producto confeccionado expresamente para él y su consumo de información. Sin embargo, sí es importante rescatar el hecho de que el excluido siempre fue la otra mitad de la ecuación de la generación que creció con MTV. Estos videos convirtieron la marginalidad o la espectacularidad en representaciones de modas que hasta hoy configuran el ser en la cultura de los jóvenes, ya sea por convicción o rebeldía.

Las piezas de Romain Gavras de ninguna manera se gestan como una crítica al rampante autoritarismo que ejerce su poder mediante la fuerza. Por más crudo y explícito que sea su punto de vista, el director crea una representación de consumo, un tratamiento inocuo que se ha convertido en la posibilidad de hacer de la protesta un aparador donde la batalla en las calles se admira y se ve como un producto de colección. Pero no nos equivoquemos, la violencia y la furia siguen ahí, y pudiera parecer suficiente este gesto como forma de resistencia, sin embargo, hay en el tratamiento de la toma y el montaje algo que no deja de ennoblecer la violencia. Lo suyo son espacios inventados y deliberadamente puestos en escena desde un esteticismo que por momentos exhibe una producción cara y preciosista que enaltece la presencia y existencia de estos jóvenes como símbolos de una circunstancia. El verdadero interés de Gavras es por una forma distinta de contar la barbarie de las calles, por mostrarla, sí, pero también por despejar identificaciones documentalistas o críticas, alejándose, incluso de forma radical, mediante la parodia.

Dos herederos de estos videos son la campaña *Go Forth* de la compañía de ropa *Levi's* y una fotografía tomada en un motín en Vancouver, en donde dos jóvenes yacen besándose en medio de la calle y de las fuerzas policíacas. Imágenes que, a préstamo de Walter Benjamin, "al ser captadas de formas propias de la moda" pierden fuerza como crítica social o política, y más bien proveen de nombre a una marca: la

del indignado. Hablar de estas formas propias de la moda no es un tema estético, en ello se encierra una necesidad por explicar y representar una circunstancia siempre entroncada con una sociedad de consumo; pero la crítica no está tan sólo depositada ahí, la realidad es que los otros indignados, aquellos que no actúan en los videoclips de Gavras y que exponen en la calle frente a policías y militares sus libertades básicas, entienden que su lucha y su imagen son parte de su afrenta, no desconocen ni rechazan su identidad, y los tiempos han demostrado un nuevo sentido de orgullo y pertenencia que ha rebasado países y culturas.

La violencia es un campo vasto y fértil para lo excluido. En sus formas, todo aquello sin nombre adquiere una imagen y es entonces que desde la crítica alcanza a ser pronunciado. Pero debemos tener precaución, no es cualquier tipo de violencia, no es la de una autoridad opresiva que ejerce sus condiciones naturales frente al oprimido, hablo de la violencia por la violencia misma, la que en el pasado encontraba su explicación y sus alegorías —incluyendo la del opresor— en la maldad, pero que hoy se devela desde el ocio y la moda. Menudo problema al que apela Gavras al retratar afrentas juveniles, brutales palizas policíacas y púberes desmanes en un formato de cinco a seis minutos, sin referente alguno, aunque musicalizados.

La indignación ante el olvido, el desprecio y el odio tienen su natural hábitat en la calle. El bloqueo,

la destrucción y el asedio son y serán las rutas más evidentes para expresar algo con la voz en alto y el cuerpo en depósito. Todo lo que no se ve, todo lo que se oculta moralmente es un cúmulo de pulsiones abyectas que requieren hacer uso de este espacio público para reestablecer la dignidad de lo que no se nombra y se aplasta.

Romain Gavras no es de modo alguno el artista que mejor representa estas imágenes, mucho menos un digno portavoz, su intención parece distinta y por momentos contradictoria con las posibilidades de una manifestación donde se expone la vida misma. Gavras dota de una incómoda amabilidad visual y narrativa estos espacios de confrontación donde se exponen vidas y libertades políticas.

El racismo, la brutalidad policial, el arrebato autoritario, la furia juvenil: todos tienen miles de rostros pero también millones de imágenes que jamás alcanzarán representación. Difícil plantear toda esta indignación desde la vista de una moda. Pero Walter Benjamin no puede concluir de manera más lúcida este acercamiento: “El interés más ardiente de la moda se halla, para el filósofo, en sus extremas anticipaciones. [...] Quien logre leerlas no sólo conocerá de antemano cuáles son las nuevas corrientes del arte, sino los nuevos códigos legales, las nuevas guerras y revoluciones. En ello se halla el mayor encanto de la moda, pero también la dificultad para conseguir que fructifique”. **▲▲**

“Born Free”, M.I.A.

